

## LA DIMENSIÓN SUBJETIVA DE LA POBREZA Y LA VIOLENCIA EN EL PERÚ: A PROPÓSITO DE *EL LABERINTO DE LA CHOLEDAD*

César Rodríguez Rabanal\*

Treinta años atrás, muy poco después de la publicación de *Cicatrices de la pobreza* (1989) y casi simultáneamente a *La violencia de las horas* (1995), de mi autoría, aparecía la primera edición de *El laberinto de la choledad: páginas para entender la desigualdad*, de Guillermo Nugent. (1992, primera edición).

Se justifican las líneas que siguen, no sólo por la cercanía cronológica de los textos, sino asimismo tanto por los asuntos que tratamos como por la perspectiva eminentemente crítica que inspira nuestras pesquisas.

Verbigracia, coincido plenamente con Guillermo Nugent cuando, refiriéndose a la violencia, plantea que hay que concebirla como algo muy vasto que “tiene que ver con la creación de organizaciones sociales donde lo que predomine sea el acuerdo antes que la orden, el consejo antes que la amenaza”.

El asunto de los Derechos Humanos que atraviesa *El laberinto de la choledad*, es también parte de mis desvelos. No resulta sorprendente que aquellos tengan tan escaso acercamiento a la conciencia de la opinión pública peruana, ya que los grupos privilegiados que la forman no suelen ser los principales perjudicados por la agresión de un estado socialmente discriminador. A diferencia de los gritos desesperados y de indignación de las madres y de las abuelas de la Plaza de Mayo en Buenos Aires, que eran la opinión pública misma, con conexiones internacionales que les permitía el acceso al mundo entero mediante los medios masivos de comunicación, pudieron dar a conocer las ignominias de la dictadura que las violentaba, a diferencia de ellas, las víctimas de la violencia peruana,

---

\* Médico psiquiatra por Universidad de Frankfurt (Alemania), formación psicoanalítica en la IPA (Frankfurt 1972-1978). Exdocente en el Instituto Sigmund Freud de Frankfurt. Profesor de posgrado en la Pontificia Universidad Católica del Perú y en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Profesor invitado en diversas universidades: Hamburg, Frankfurt, Basel, Harvard. Ha investigado sobre la dimensión subjetiva de la pobreza y de la violencia en el Perú y sobre las pandillas maras en Centroamérica. Ha publicado *Cicatrices de la pobreza* (Nueva Sociedad, Caracas, 1989) y *La violencia de las horas* (Nueva Sociedad, Caracas, 1985).

<cesarrodriguezrabanal@googlemail.com>

generalmente indígenas paupérrimos, ahogaban su dolor en la impotencia de aquellos cuyos testimonios entrecortados chocaban con la indiferencia defensiva de quienes teniendo voz, no la ponen al servicio de los que perciben diferentes. Hay una relación directa entre la indefensión estructural de los marginados que no llegan a constituirse en sujeto de derecho y la masividad impune de los atropellos del Estado. Naciones precarias como la nuestra, que análogamente al individuo disocian aspectos centrales de su propia entidad, sobreviven en la conciencia erosionada que les impide movilizar recursos imaginativos capaces de superar el ostracismo.

Hay numerosos estudios sobre la migración en el tercer mundo, de la población rural que se moviliza hacia las ciudades con sus correspondientes secuelas —desborde poblacional, desocupación, surgimiento de “barriadas”— en los que no solo se considera el contexto socioeconómico, sino también las concomitantes transformaciones culturales. Nuestro enfoque apunta complementariamente a los motivos conscientes e inconscientes, a las vivencias y a la autopercepción de los sujetos de nuestro estudio.

Nuestra mirada psicoanalítica se inscribe en la tradición de la ilustración freudiana, interrumpida brutalmente por la llegada del nacionalsocialismo al poder. Los psicoanalistas de la primera hora fueron desalojados de su suelo nutricional y migraron mayoritariamente al mundo pragmático anglosajón. El Psicoanálisis se alejó de los grandes temas sociales que tanto preocupaban a los pioneros. Estos navegaban contra la corriente de su época, porque ponían en cuestión —como muchos otros antes que ellos— los dogmas vigentes. Planteaban la relevancia de la sexualidad infantil, de los procesos inconscientes y, lo que resultaba aún más alarmante e hiriente para el orden establecido, que el individuo no es dueño de su propia casa, que a menudo no sabe lo que dice y lo que hace, que hay fuerzas que se sustraen a su control y que determinan en gran medida su sentir y su actuar.

Freud fue explícito en su crítica a la hipocresía sexual de su tiempo y llegó a afirmar que una sociedad que no es capaz de proporcionar bienestar a sus miembros no merece ser defendida.

Max Horkheimer, sociólogo-filósofo de la Escuela de Frankfurt, notaba que el psicoanálisis más que psicología —en la acepción común del término— constituye una clave fundamental para asir la irracionalidad, para desentrañar los enigmas individuales y colectivos. Lo singularmente inquietante de las proposiciones freudianas, según Alfred Lorenzer, consiste en el hecho de referirse a la conducta cotidiana de cada uno de nosotros, de no constreñirse, como en el caso de los estudios psiquiátricos tradicionales, a las desviaciones previamente definidas, generalmente en identidad con las normas sociales vigentes. El ámbito de lo usualmente diferente, de lo excepcional, es en la concepción freudiana algo

ubicuamente presente en la estructura de personalidad de cada quién. En esta línea de pensamiento, no pretendemos algo así como el diseño de un perfil psicológico de la pobreza. Nuestro ámbito de estudio es la interacción, la relación entre el sujeto de estudio/paciente y el investigador/terapeuta.

El conocimiento del individuo se despliega a lo largo de secuencias dilatadas en un proceso bipersonal en el que el conflicto infantil, piedra angular del desarrollo psicológico, se reactualiza, se revive en el aquí y ahora de la situación terapéutica. En tanto de manera análoga, la dinámica social supone el interjuego de protagonistas representantes de las diversas tendencias, clases, grupos étnicos, nuestro método aplicado en un escenario de conflicto externo y vertebrado en el conflicto interno resulta pertinente para su estudio.

A la par que profundizamos en la “psicotécnica”—elaboramos las resistencias, la transferencia, la contratransferencia— nos referimos a las abismales diferencias sociales, nos topamos con los lenguajes diferentes de las subculturas diversas.

A través de casos ejemplares tratamos de hacer transparente el modo como el individuo concreto, bullente, percibe, vivencia la realidad social, transindividual, porque se comporta de una manera y no de otra frente a aquella. Si lo ignoramos permanece el comportamiento incomprensible, las preferencias y los rechazos quedan en la sombra. El individuo vive la realidad de una manera distinta a como lo haría un observador externo. Los diseños de conducta censurados socialmente sólo logran expresión a través del sufrimiento y para desencapsularse requieren de un espacio narrativo libre de interferencias. Las historias de sufrimientos ocultan otros padecimientos dolorosos y subversivos que el paciente no puede admitir ante sí mismo, es decir, no tiene conciencia de ello y tan sólo puede revelarlas de pasada, dentro de la urdimbre de las asociaciones libres. Es preciso dejar desenvolverse al paciente, no “perseguirlo” con preguntas incisivas. Hay que seguir su flujo asociativo mediante la atención libre flotante para que pueda producirse la comunicación de inconsciente a inconsciente, abriéndose paso un hilo conductor que eche algo de luz en la penumbra de lo tenebroso.

Nuestro aporte específico aporta a mostrar cómo es la persona, incluyendo sus anhelos y, sobre todo, sus resistencias recónditas al cambio, bajo la presión de condiciones sociales precarias, casi en estado de descomposición.

En nuestra opinión, el procedimiento psicoanalítico se presta particularmente para el estudio de un contexto social heterogéneo caracterizado por la casi incomunicación entre sus diferentes segmentos. Nuestro método puede también ser descrito como el encuentro entre dos personas que se esfuerzan por hacer estallar las murallas constituidas por un enjambre de tabúes sociales contra los que choca la comprensión que uno puede desarrollar del otro. Mediante la interpretación se trasciende el discurso de significados cotidianos, resultando posible verter una mirada al otro lado del muro para construir un vínculo de cuño diferente al

usual, en una sociedad prácticamente dividida en una mayoría de excluidos y una minoría de encerrados (por muros o alambrados).

Hablar de la pobreza peruana supone referirse necesariamente a la segregación racial, algo que cobró visible trascendencia a propósito de la violencia política. Casi la totalidad de los desaparecidos y muertos de la década pertenecen a la población mestiza con predominancia indígena, que evidentemente formaban parte de la clase baja. Hay en nuestro caso una relación de continuidad inmediata entre la violencia cotidiana de la pobreza y la violencia política.

Accedemos en principio a la cultura occidental, que llega con el tiempo a forjar una concepción del individuo, de la vida cercana a los potenciales más genuinos de desarrollo. Pero el tránsito se produce con la violencia feroz de la conquista. Asumimos la cultura mediante métodos que la niegan en esencia, llevando de este modo en nuestra partida de nacimiento el sello de la "identificación con el agresor". Tal como planteó Octavio Paz, lo más valioso del occidente, el renacimiento y la ilustración, arribaron muy tenuemente a nuestras costas o casi no llegaron, pero sí lo hizo el claro oscuro barroco, la cruz y lo que Alexander Mitscherlich (1969) llamó la "cultura de la culpa". La edad media que declina en Europa amanece en el nuevo continente.

La mayoría de los sujetos de estudio de *La violencia de las horas* eran desplazados de una provincia del sur andino, de una región que formó parte del epicentro de la guerra interna peruana que se inició en 1980. La mayor proporción de los afectados huyó de las acciones violentas de la organización subversiva Sendero Luminoso o de las Fuerzas Armadas hacia Lima, donde se asentaron principalmente en el noreste de la metrópoli.

Mientras que el objetivo de la primera publicación (*Cicatrices de la pobreza*, 1989) consistió en iluminar con ayuda del método psicoanalítico la relación entre las condiciones de vida de extrema pobreza con las singularidades de la estructura de la personalidad, los patrones de conducta y con los esfuerzos colectivos de organización, en la segunda (*La violencia de las horas*, 1995) se añadió el propósito de diseccionar los efectos de la violencia manifiesta y, dentro de ella, de la amenaza de muerte sobre el universo anímico.

En términos metodológicos, se trata fundamentalmente de evidenciar los engarces inconscientes entre la violencia política externa y la realidad intrapsíquica, mostrando a través de ello la significativa forma como aquella impregna a esta, perpetuándose inconscientemente. Se abordan contextos que no resultan posibles de asir mediante la aplicación de los métodos tradicionales, que no incluyen la transferencia, la contratransferencia, la elaboración de las resistencias, las asociaciones libres y la atención libre flotante.

Los procesos terapéuticos sometidos a la consideración del lector muestran cuán matizado es el haz de las relaciones interpersonales entre los pobladores que

viven bajo condiciones paupérrimas y de violencia. Los investigadores/terapeutas nos convertimos en testigos inmediatos de la intensidad con que se manifiestan los impulsos afectivos en general, inhibiciones, angustias, necesidades de cercanía o de distancia que se plasman en el vínculo con nosotros.

En consonancia con el método psicoanalítico indagamos en el mundo interno de los afectados, marcado por la migración, la pauperización y la violencia, mediante el análisis sistemático de los encuentros terapéuticos entre aquellos y los terapeutas/investigadores provenientes de un estrato sociocultural diferente. La interacción entre el investigador y el sujeto de estudio (o entre el paciente y el terapeuta) es el medio en el que obtenemos conocimientos, *insights* sobre el destino y la imagen del mundo de los sujetos del universo de la pobreza. La inclusión explícita del terapeuta-investigador, que no sólo recoge las comunicaciones de sus pacientes, sino que también revisa y elabora sus propias reacciones a aquellas, al tiempo que se vale de las interpretaciones que brotan de este proceso para transformar la autocomprensión de sus interlocutores.

Se indaga la forma como se conectan las condiciones específicas de vida signadas por la pobreza y la violencia, con contenidos de la psique. Dedicamos particular interés a la manera como mediante la reactualización de aspectos relevantes de los procesos de socialización, se dibuja y activa una y otra vez un específico microcosmos interno de la dinámica social. Uno de nuestros aportes más cuidadosos de la investigación fue dilucidar cómo el individuo es inducido "desde dentro" a convertirse en autor o víctima de la violencia.

Un medio fundamental de conocimiento en nuestro análisis es el suceso transferencial en el que se evidencia la franja inconsciente de la relación del paciente con el terapeuta. Aquí encontramos indicios nítidos sobre el efecto generador de violencia de experiencias infantiles primarias.

Se despliegan las vivencias de desilusiones tempranas, angustias profundas, pero también deseos compensatorios reactualizados. Ante este espejo pueden reflejarse los motivos que sustentan las resistencias al cambio, que contradicen a menudo los intereses genuinos, reales de los afectados. El proceso transferencial que propicia la revivencia de experiencias infantiles tempranas, permite observar de cerca esta dinámica; de otro lado, se cristalizan en el mismo lo que resulta medular en la búsqueda de conductas alternativas: inéditos potenciales de desarrollo. La identificación del paciente con la actitud del terapeuta constituye un significativo paso intermedio; se adosan entonces las imágenes primigenias de las relaciones con el sí mismo y con el otro (objeto). Este hecho le abre al paciente la opción de ensayar a través de la percepción de la figura del terapeuta nuevas formas de elaboración del conflicto y estrategias para su superación.

Es claro que el procedimiento terapéutico psicoanalítico permite la captación de aspectos centrales del tejido social y psicológico de las partes concernidas en

el sostenimiento del sistema. En él no sólo participa el paciente, sino también el terapeuta —mediante la contratransferencia, entendida en el sentido más vasto del concepto, es decir la totalidad de las reacciones de este frente a aquel— con su estatuto social. Por tanto, resulta factible develar algunas facetas de las diferencias en el colectivo y, en consecuencia, de las estructuras sociales, tal como se presentan en el mundo externo e interno del paciente y del terapeuta.

Retomando las reflexiones generales sobre la psicodinámica de la agresión y aplicándolas a la realidad específica de una sociedad como la nuestra, tan polarizada por los abismos sociales, encontramos, sobre todo en el lado de la miseria, que los procesos de socialización en lugar de propiciar el desarrollo de personalidades constructivas, a partir de la elaboración de la agresión inherente a la condición humana, entrañan la internalización de paradigmas destructivos y, por ende, autodestructivos.

La pauperización del mundo rural con sus secuelas de abandono y desatención de la niñez que conducen a tasas altísimas de mortalidad infantil y el fenómeno migratorio del campo a la ciudad sin la correspondiente industrialización, que caracteriza nuestros últimos decenios, componen elementos cardinales del telón de fondo ante el que se reproduce la violencia.

En las biografías de personas pobres que viven en el campo o que han migrado a la ciudad, nos encontramos frecuentemente con desgarradores cortes en la relación con las personas encargadas de la crianza y la educación de los niños. Esos son muchas veces abandonados a su cuenta y riesgo. Los padres y los adultos, en general, viven apremiados y no tienen la capacidad de acompañar empáticamente al desarrollo del niño. El psicoanálisis nos enseña la importancia de la consolidación de relaciones fiables, no permutables, para la formación de personalidades suficientemente cohesionadas, capaces de avizorar perspectivas creativas. Con frecuencia, y en relación directa con la pobreza, la infancia está signada en ese medio por la pérdida de hermanos, y a veces de las madres, a consecuencia del parto. La realización de fantasías inconscientes de odio hacia los hermanos y padres contribuyen a moldear heridas que impiden la forja de una estructura de personalidad suficientemente sólida como para elegir opciones opuestas a la violencia. Se producen, por tanto, fijaciones en etapas tempranas del desarrollo psicosexual. Campean entonces los impulsos destructivos y autodestructivos casi sin posibilidades de contención.

Afloran, en este contexto, diferentes variantes de la agresión insuficientemente fusionada con la libido: de un lado, la apatía, la sumisión, la aceptación de la dependencia y la subordinación; y, de otro, la violencia manifiesta, pudiéndose producir el tránsito, de acuerdo con las circunstancias, entre estas dos posiciones aparentemente opuestas. Resulta evidente que individuos que desarrollan una especie de hostilidad primordial frente a la vida constituyen contingentes

potencialmente reclutables por los proyectos políticos violentos. Las adhesiones a estos movimientos se producen, pues, menos por convicciones ideológicas, que por profundas identificaciones con acciones caracterizadas por la actuación de impulsos destructivos. Resulta evidente que la profundización de la brecha que separa a los pobres de los ricos constituye, de diversas maneras, un agente catalizador de la violencia.

Sentimientos de culpa, expectativas redentoras y tendencias a la pasividad bloquean las tenues perspectivas de los menesterosos de mejorar su situación; a esto se añaden tabúes tradicionales, lo que conduce a imaginar su destino futuro no como resultado de una planificación individual de la peripecia vital, sino como una dimensión cubierta de tinieblas, supeditada a concepciones mágicas. La pobreza es percibida a menudo como un justo castigo a sus afanes de superación, que los llevan a abandonar su lugar de origen.

En nuestro país, de manera similar a lo que ocurrió en otras naciones del tercer mundo, irrumpió en la llamada era Reagan-Thatcher el neoliberalismo aplicado como shock, cuya estela devastadora se percibe hoy tanto en las metrópolis del tercer mundo, como en algunas del mundo desarrollado. La actitud "químicamente pura" de los artífices del *shock* recuerda lamentablemente a los padres de los niños pobres a los que me refería supra, incapaces de desarrollar la suficiente diferenciación emocional que les permitiría no demandar nunca más de lo que los individuos y los pueblos pueden soportar sin que se formen cicatrices, marcas sobre el corpus psicosocial que componen hipotecas cada vez más difíciles de saldar. Aquí se hace imprescindible nuevamente tener presente el amplio espectro de formas de expresión de la violencia; no debemos dejar de incluir la parálisis, la impotencia, la sumisión.

En diferentes publicaciones de fines del siglo pasado se afirmaba que en los sectores populares y en el llamado sector informal, se gestaban formas de organización y sistemas de comunicación que impulsarían hacia delante a la sociedad peruana. Se planteaba la tesis de que los pobladores de los conos urbanos se encontrarían en un estadio de transición entre la identidad barrial y la nacional, que iría de la mano con la forja de personalidades con mayores niveles de integración.

Tanto las indagaciones de Guillermo Nugent, como los conocimientos obtenidos en nuestro trabajo de campo (investigación-acción) muestran fehacientemente que aquellas parecen haber sido el producto de un optimismo ingenuo y/o interesado, alentado por una carga ideológica que no había pasado por el filtro de la ilustración freudiana.

**Referencias bibliográficas**

- Freud, S. (1974). El porvenir de una ilusión. *Obras completas*. Tomo VIII. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Horkheimer, M. (1968). *Kritische Theorie*. Frankfurt: Fischer Verlag.
- Lorenzer A. (1973). *Über den Gegenstand der Psychoanalyse*. Frankfurt: Suhrkamp.
- Mitscherlich, A. (1969). *Die Idee des Friedens und die menschliche Aggressivität*. Frankfurt: Suhrkamp.
- Paz, O. (1983). *Tiempo Nublado*. Barcelona: Seix Barral.
- Rodríguez Rabanal, C. (1989). *Cicatrices de la pobreza*. Caracas: Nueva Sociedad.
- \_\_\_\_\_. (1995). *La violencia de las horas*. Caracas: Nueva Sociedad.

## Resumen

Se señala coincidencias de fondo entre *El laberinto de la choledad* y trabajos de mi autoría sobre la dimensión subjetiva de la pobreza y la violencia en el Perú. Nos inspira el pensamiento crítico y la preocupación por los derechos humanos. Se resalta lo medular que resulta la aplicación del procedimiento psicoanalítico para una mayor comprensión de nuestra quebrada sociedad. En consonancia con nuestro método se examina cuidadosamente la interacción, el vínculo entre los representantes del universo de la miseria y el investigador/terapeuta, proveniente de un estrato social diferente. En el centro de nuestras reflexiones está la relación entre el mundo externo y el interno, la forma como determinadas actitudes y patrones de conducta que brotan de la precariedad, contribuyen a la perpetuación de la visible realidad que padecemos.

**Palabras clave:** ilustración freudiana; investigación-acción; racismo; pobreza

## Abstrac

Fundamental coincidences are pointed out between *El laberinto de la choledad* and my own works on the subjective dimension of poverty and violence in Peru. We are inspired by critical thinking and concern for human rights. It highlights how essential the application of the psychoanalytic procedure is for a better understanding of our broken society. In line with our method, the interaction is carefully examined, the link between the representatives of the universe of misery and the researcher/therapist, coming from a different social stratum. At the center of our reflections is the relationship between the external and internal world, the way in which certain attitudes and behavior patterns that arise from precariousness contribute to the perpetuation of the visible reality that we suffer.

**Keywords:** Freudian enlightenment; action-research; racism; poverty